

*Félix Vera*

# **ROTURA DE CERRADURA Y OTRAS LECCIONES DE VIDA**

*O lo que un cerrajero puede enseñarte*

Editorial "La Trinchera"

octubre 2024

**H**ace poco me tocó vivir una situación de esas que uno cree reservadas para las comedias con un guion berreta, o para los «mejores momentos» de otros. Pero no, esta vez el libreto grotesco lo tuve que interpretar yo. Si alguien me lo hubiera contado, me habría tentado de risa; pero ahí, atrapado en pleno acto, la cosa dejó de ser tan cómica. No era ni tan grave ni tan alegre, pero, por algún motivo, tenía un trasfondo de esos que te dejan pensando. Como si el universo hubiera decidido darme una lección... con la sutileza de un portazo en la cara.

Todo empezó de la forma más inocente: llevé a mi hija al supermercado, y de regreso la ayudé a subir las bolsas y, ya en su casa, me surgió una de esas urgencias inapelables que tenemos los hombres adultos mayores: hacer pis. Con la misma discreción que dicta el manual de las buenas costumbres, le avisé que iba al baño. Entré, cerré la puerta (como

corresponde, claro, uno siempre mantiene cierto decoro), y no imaginé que ese gesto de urbanidad me llevaría directo a otra de las tantas lecciones de la vida. Porque, para mi sorpresa, esa puerta se había propuesto enseñarme algo que, hasta entonces, ni los años ni los libros me habían advertido.

Una vez terminada mi misión, me dispuse a salir, pero la puerta no estaba de acuerdo con mi intención. Intenté girar el picaporte, pero no hubo forma. Primero lo tomé con calma, pensando que era una broma del destino, y volví a intentar. Nada. «Esto, a mí no me puede estar pasando», pensé. Así que, tras una tercera intentona, tuve que admitir la realidad: estaba encerrado en el baño.

Afortunadamente, estaba en el departamento de mi hija, y mi hija en el departamento, y, aún mejor, tenía mi celular en el bolsillo. Marqué su número y ella, entre sorprendida y asustada me responde: «¿Papá? ¿Estás bien?», con un tono de preocupación y un dejo

ligeramente exasperado, ese que suelen usar las hijas adultas cuando se preocupan por sus padres.

«Vos sabes que no exactamente. Estoy encerrado en el baño. La puerta no se abre», le contesté, tratando de mantener la dignidad.

«¿Cómo que encerrado? ¿Estás seguro? A veces se traba un poco esa puerta», dijo ella, intentando mantener la calma.

«Ya probé todo, hija. Está todo mal de este lado, de verdad. La manija de la puerta gira y gira, pero no funciona ¿Podés intentar vos desde afuera, por favor?», le pedí y cortamos la llamada.

Escuché sus pasos acercándose. Del otro lado, comenzó a forcejear con el picaporte, sin mucho éxito. «Papá, esto está peor de lo que pensaba, se hizo mierda la cerradura», dijo con un gesto de frustración en la voz.

Después de unos minutos de intentos infructuosos

con destornilladores y cuchillos de cocina y otras herramientas hogareñas, decidimos que necesitábamos la ayuda de un profesional.

Aquí fue donde la situación se volvió aún más surrealista. «Papá, voy a buscar un cerrajero», me dijo, sacando su celular, algo que yo desde mi encierro ya estaba haciendo. Googleando cerrajeros.

Sentado en el borde del bidet, empecé a imaginar cómo se vería la escena desde afuera: un hombre maduro, encerrado en un baño pequeño, buscando cerrajeros en Google con una mezcla de urgencia y resignación, y en realidad era una persona en plena crisis existencial, pero con wifi. No era, ni por asomo, la imagen de un héroe.

Mi hija regresó y tras la puerta me dio la noticia: «Papá, encontré uno. Dice que llega en quince minutos. Es un poco... particular, parece, pero tiene buenas reseñas en Google»

«¿Particular? ¿Cómo particular?», pregunté, ya

preparándome para lo que sea.

«Bueno... tiene pinta de haber sido o ser roquero. Me dijo que estaba por ensayar con su banda, pero que va a venir porque eso de «salvar vidas» es su verdadera vocación», me dijo, tratando de no reírse. Lo mejor de todo es que en mi búsqueda, sentado en el borde del bidet ya había visto a ese cerrajero de aspecto particular.

Casi quince minutos más tarde, escuché la llegada del cerrajero. Mi hija se paró del otro lado de la puerta y dijo: «¡Papá, llegó el cerrajero!», y en voz más baja, «Parece salido de un video de los 80.»

El tipo tenía todo el look: campera de cuero negra desgastada con tachas plateadas, un arito colgando de la oreja, y el pelo, negro azabache y largo (teñido, seguro, a juzgar por las canas que se asomaban en la raíz y las orejas), revuelto como si aún estuviera arriba del escenario. Parecía que tenía el peso de mil noches de rock y también, algún que otro sueño

perdido en el camino. «Voy a sacarte de ahí, amigo», dijo casi gritando, asegurándose de que lo escuchara fuerte y claro. Lo imaginaba con una sonrisa de esas que se reservan para los momentos de gloria, como si en vez de abrir una puerta estuviera a punto de arrancar con un solo de guitarra. Para él, evidentemente, era un acto heroico; para mí, una tragicomedia donde mi liberación dependía del entusiasmo de un roquero devenido en cerrajero.

El sonido de las herramientas comenzando a trabajar en la cerradura era algo que nunca había pensado que me tranquilizaría tanto. Mientras tanto, él y mi hija mantenían una conversación surrealista sobre bandas, guitarras vintage y los mejores bares de rock de la ciudad. Todo mientras yo, desde mi puesto en el bidet, solo podía escuchar y preguntarme por qué cerré esa puerta, si bastaba con arrimarla. ¡Era un pis, nada más!

Finalmente, la cerradura cedió con un chasquido que

sonó casi como música. El picaporte giró, la puerta se abrió, y allí estaba él, justo como lo había imaginado: sonrisa triunfal, brillo en los ojos. «Libre al fin, amigo», me dijo, con la satisfacción de un guitarrista que acaba de rematar un solo épico. En ese instante, lo imaginé en su propio universo, como si fuera Jimi Hendrix, liberándome con un riff de ganzúa y destornillador y no tan solo otra cerradura rota.

Salí del baño, intentando mantener algo de dignidad. «Gracias maestro», le dije, mientras él guardaba sus herramientas., y me respondió: «No hay de qué, amigo. Te dije que te sacaría de ahí. Ahora, asegurate de no quedar atrapado en la vida... o en otro baño», dijo con un gesto que podía haber sido de sabiduría o de alguien que simplemente había fumado algo interesante antes de llegar.

Mi hija me miró con una mezcla de cariño y diversión. «Papá, la próxima vez, dejá la puerta abierta cuando vayas al baño.»

Nos reímos juntos, pero justo cuando pensé que todo había terminado, ya que el cerrajero había juntado todas sus herramientas, y se estaba yendo, a medio camino hacia la puerta, se dio la vuelta y dijo: «Sabes una cosa, estuve pensando... Deberías considerar esto como una señal. A veces, la vida nos atrapa en lugares incómodos solo para hacernos detener y reflexionar. Quizás este baño era tu oportunidad para pensar en las cosas que realmente hoy importan.»

Me quedé mirándolo, sin saber si tomármelo en serio o como un chiste con un trasfondo profundo. Después, y con una sonrisa que delataba su sentido del humor peculiar, añadió: «Y si no, al menos vas a tener una buena historia para contar en la próxima reunión familiar.»

Mi hija y yo lo observamos alejarse en un silencio solemne, cada uno intentando digerir lo que acababa de suceder. No pude evitar pensar que el cerrajero,

con su look de roquero y su filosofía, había dado en el clavo. Y es que, en su manera peculiar, tenía razón: la vida a veces nos encierra en lugares embarazosos, no para castigarnos, sino para obligarnos a detenernos y ver las cosas desde una perspectiva nueva pero incómoda. Son esos momentos absurdos e inesperados, en los que nos sentimos vulnerables y ridículos, son los que realmente nos enseñan algo básico. Porque a veces, por mucho que creamos tener las llaves de todo, necesitamos un cerrajero profesional que nos saque de los baños donde nosotros mismos nos hemos quedado encerrados.

Mientras probaba cerrar la puerta del baño, esta vez del lado de afuera y con mucho cuidado de no repetir el episodio, pensé que tal vez muchas circunstancias de la vida son así: una serie de puertas con el picaporte roto, que cuando finalmente se abren, nos dejan no solo con un respiro de alivio, sino con una lección, a veces, envuelta en lo absurdo. Tal vez esas

pequeñas crisis son la manera en que el universo nos recuerda que, en medio de la rutina y lo cotidiano, siempre hay algo más profundo esperando ser descubierto.

O tal vez, la vida solo quiere recordarnos que a veces, las puertas no se abren porque nosotros mismos las cerramos. Y al final, lo más importante no es cómo salimos, sino lo que aprendemos mientras estamos atrapados... sentados en el borde del bidet buscando un cerrajero en Google.

